

tado estudio sobre los grupos marginales que más quebraderos de cabeza dieron al gobernante ilustrado en el ámbito rural – gitanos, bandoleros y contrabandistas–, así como sobre las escasamente eficaces respuestas arbitradas contra ellos.

Los siguientes capítulos vuelven a recuperar el tema de la organización y cometidos de las pequeñas fuerzas policiales aparecidas en el Setecientos en determinados territorios de la Península: Cataluña (cap. VI), Aragón (cap. VII), Andalucía (cap. VIII), Castilla (cap. IX) y Valencia (cap. X). Y a renglón seguido, se pasa revista a los proyectos y realizaciones de José I, Fernando VII e Isabel II en el mismo ámbito (caps. XI y XII). En unos y en otras, ya terminarían siendo realidad o no, se advierten bastantes rasgos de lo que hoy denominamos Policía, cuya partida de nacimiento como institución estatal de ámbito nacional sería el real decreto de 13 de enero de 1824, y numerosos indicios de lo que, no mucho después, terminaría fraguando en la creación de un “cuerpo especial de fuerza armada de infantería y caballería, bajo la dependencia del ministerio de la Gobernación” (Real decreto de 28 de marzo de 1844, art. 1.º). Es decir,

lo que muy pronto comenzaría a denominarse Guardia Civil, “un cuerpo nacional, disperso por todo el territorio, de índole militar y con mando centralizado” (p. 618), concebido inicialmente para aglutinar a todos los existentes. A ella dedica el autor los siguientes tres capítulos. El XIII, para pormenorizar el proceso de creación y puesta en marcha; el XIV, para describir sus señas de identidad: uniformidad, armamento, retribuciones, régimen interior, etc., y el XV, para especificar sus servicios y cometidos iniciales.

Cabría señalar finalmente que, si bien el proceso de creación y trayectoria inicial de la Guardia Civil aparece amplia y detalladamente tratado, se echa en falta no haber prestado similar atención a la forma en que se fueron configurando las futuras corporaciones policiales, tanto de las de índole estatal como las municipales, durante los dos primeros tercios del siglo XIX.

Fernando PUELL DE LA VILLA

Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado. UNED

OLIVARI, Michele, *Avisos, pasquines y rumores. Los comienzos de la opinión pública en la España del siglo XVII*, traducción de Carlos Caranci y Rosa García, Madrid, Cátedra, 2014, 520 págs., ISBN: 978-84-376-3326-8.

Mucho tiempo ha transcurrido desde que, hace ya más de medio siglo, historiadores entonces jóvenes comenzaron a investigar en fuentes y con metodologías nuevas lo que se atrevían a denominar opinión pública en sus albores. Y, es preciso advertirlo, mucho se ha avanzado también en el tratamiento metodológico

y en el conocimiento de esta realidad histórica. Los trabajos de Michele Olivari son una referencia expresiva de esta evolución que se podía apreciar ya en su libro *Entre el trono y la opinión* (2004). El que presentamos es testigo del, por ahora, término de lo que promete en el título.

Vaya por delante que es una investigación que, incluso en su estructura tripartita, manifiesta la sabiduría y la madurez de Olivari, autoridad incuestionable en la historia de la “opinión pública”. Tiene muy en cuenta las fragilidades que afectan al concepto, incluso al propio hecho de su existencia, en esta época de la “opinión pública protomoderna” con sus espacios públicos, con sus medios de expresión y posibilidades de influencia que hay que saber percibir e interpretar. Manifestaciones de este hecho las hubo antes, con los comuneros, con Lepanto y su héroe, con Antonio Pérez, con expresiones y presiones callejeras, sermones omnipresentes, escritos festivos o críticos, pasquines, y no solo en la Corte, el lugar predilecto y necesario de la opinión política.

El libro se centra en el primer tiempo del reinado de Felipe III, tiempo que presenta condiciones que contrastan con las de Felipe II y que el autor piensa ser especialmente propicias para la expresión de la “opinión pública”. Son años en los que se registra cierta relajación (como un deshielo, se dice) en las actitudes políticas del poder, en el ambiente de paz, incluso de la paz exterior firmada con “herejes”. Hasta la Inquisición parece moderarse y se atenúan los estatutos de limpieza de sangre con defensas de los conversos, por mencionar algunos de los signos de este ambiente favorable a juicio del autor.

En contraste con comportamientos de Felipe II, en el nuevo reinado se abre la visibilidad del palacio con presencias de los soberanos; se habla en estas páginas de “propensión mediática del rey y del valido” (p. 71). Hasta tolerancia con los intelectuales se nota, algo que hay que tener en cuenta una vez que algunas fuentes de la opinión que se interpretan proceden

de estas elites siempre expuestas a las censuras, más benignas en aquel tiempo que se presenta tan afortunado. Se transmiten y comunican comentarios de noticias políticas en las plazas, en las calles, con las palabras, en conversaciones registradas por la Inquisición, por Cabrera de Córdoba o Álamos de Barrientos, en corrillos con voces que se permiten hablar a favor de Enrique IV, del conflicto veneciano, o criticar a la Iglesia y proclamar el regalismo.

Además de los factores mencionados, es el de aquellos años un clima favorable a la formación de un público abonado para la opinión. Son los “prerrequisitos”, alentados por las condiciones económicas que influyen en la comunicación, en la circulación de noticias, en el crecimiento de la alfabetización, en la lectura en definitiva (y no hay que pasar por alto la agudeza con que el autor analiza el incremento en el consumo y en el uso de los anteojos para leer), puesto que, hay que repetirlo, hasta la censura inquisitorial se suaviza, se ablanda. Todo ello alienta la crítica de la vida pública, de los hechos políticos, la existencia del “gran público”, dice Olivari, en diversos niveles de emisores, receptores y objetivos.

Los medios de comunicación se estudian de forma magistral por el autor. Son instrumentos en buena parte heredados pero con nuevos acentos en algunas de sus expresiones; otros son peculiares del este tiempo del siglo XVII. Entre ellos, el señorío lo tiene el sermón (que no era homilía), con su protagonismo en sociedades sacralizadas y de cultura analfabeta (o lectora, puesto que los sermones no en raras ocasiones se imprimían). A la zaga le va el teatro como medio de formación y transmisión de opinión pública muy otro al del sermón, enemigo suyo en ocasiones. Lo que es más que un género

encuentra su ambiente propicio en este tiempo, con las representaciones (identificadas a veces con la realidad) de la vida de la Corte, de las fidelidades, con la propaganda monárquica en su dimensión máspreciada, la justiciera (“Fuente Ovejuna”). O con ciertas críticas sociales y denuncias como algunas de Guillén de Castro (“Allá van leyes”), en las escenificadas acciones bélicas heroicas contra herejes, con cuyos mensajes el espectador (o lector, al igual que en los sermones) simpatizaba. Lope es la referencia obligada.

Son oportunas, e interesantes, las reflexiones sobre la realidad, el significado, la escenografía y la audiencia de los bandos públicos, que tenían una función ideológica también (como la tenían de adoctrinamiento los edictos de la Inquisición pregoneros de heterodoxias). No podían faltar entre tales instrumentos los pasquines, las sátiras, abundantes, creadores y comunicadores (y explotadores) del rumor.

Dentro de aquellos medios de comunicación, las “relaciones” han sido, posiblemente, las que más se han estudiado. Olivari, que conoce muy bien este capítulo, se fija en aspectos varios presentes en los “relacioneros”. Almansa es un modelo excelente con sus noticias y estimaciones, con sus estrategias informativas, incómodas a veces.

Los “Avisos”, que el autor ha llevado al título de su libro, son elocuentes en su concisión expresiva. Hay dificultades, como confiesa Olivari, para colocarlos en su debido sitio dentro de aquel “sistema” informativo, y ello a pesar de su antigüedad, de su demanda, de su raigambre. Se fija, con tino, en la información supralocal de aquellos avisos, y los del padre Gaspar Vicens son una prueba clara de la circulación de noticias e informaciones

para Cataluña. Como buen dominico, antijesuita por tanto, y con fuentes fraternas de información en la Corte, trata de guerras teológicas de escuela, del inmaculismo, de tantos motivos como agitaban la opinión pública en aquel tiempo favorable para ella. Algo parecido se aprecia en “Gacetas”, en “Dietarios”, de otro signo que revelan “homogeneidades” entre los destinatarios y lectores de índole diversa, incluso de idioma distinto, pero interesados en la vida pública y creadores y receptores de la opinión pública niña todavía.

Con la mirada en medios tan varios de comunicación se ofrece en la parte final del libro lo que puede verse como la opinión de los españoles sobre la Corte, sobre la monarquía, sobre el monarca y su gobierno. Es una opinión formada por versiones noticiosas, a veces encontradas, que hablan de la cercanía de la Corona, de acontecimientos tales como el traslado de la Corte, de la paz con Inglaterra, con las Provincias Unidas, de caídas y arrestos de poderosos. Como se ha apuntado, la expulsión de los moriscos es un motivo revelador de la opinión, entusiasmada y fervorosa por supuesto, pero también con voces o susurros dubitativos acerca de la medida radical, con oscilaciones como las de Cervantes, con alguna discordancia como la estudiada de Pedro de León, o de Román de la Higuera, actitudes no unívocas que indican un mosaico de reacciones en la sociedad castellana (p. 402).

El declive del reinado, mejor dicho, del valido Lerma, en la opinión pública aconteció poco después de 1609. Villamediana puede verse como uno de los voceros más significados y literariamente dignos. Pero hubo otras fuentes de información, es decir, de fabricación; otros medios de circulación de noticias, de ru-

mores políticos y corrosivos, incluso fuera de la Corte, que cuestionaron también la política “pacifista” y que clamaban por la reputación y la ortodoxia.

Como decía antes, este libro es una muestra del camino que se ha andado desde que se comenzara a hablar de historia de la opinión pública en la época moderna de España hasta hoy. Michele Olivari, conocedor experto de estos vericuetos no fáciles de discurrir, con información que admira y con sensibilidad exquisita, ofrece la historia de este elemento tan activo en el primer tiempo de Felipe III, una es-

pecie de oasis ideal, quizá idealizado, el de la España “fascinante por su discontinuidad” con el antes y el después. Ojalá cumpla este historiador de cuerpo entero su promesa de estudiar otros aspectos del periodo. Esta ladera de la opinión pública en aquellos años puede conocerse mucho mejor gracias a esta monografía tan bien hecha y que hay que agradecer.

Teófanos EGIDO LÓPEZ
Universidad de Valladolid

PARKER, Geoffrey, *Imprudent King. A New Life of Philip II*, New Haven, Yale University Press, 2014, 438 págs., ISBN: 978-0300-1965-35¹⁶.

PARKER Y FELIPE II

El hispanista británico Geoffrey Parker es el mayor experto en historia militar de la España de los Austrias. Ha sido catedrático en la Universidad de Illinois y Yale y desde 1997 lo es de la Universidad Estatal de Ohio. La inmensa mayoría de sus libros se han publicado en español. Su grandes temas de investigación han sido el ejército español y la revuelta de Flandes (*España y la revolución de Flandes*, Nerea, 1989; *El ejército de Flandes y el camino español*, Alianza, 1991); la Gran Armada (con el libro ya clásico, escrito en colaboración con Colin Martin, Alianza, 1988 y reeditado en Planeta, 2011), la estrategia del Imperio (*La gran estrategia de Felipe II*, Alianza, 1998), los grandes cambios en el ejército en los siglos XVI y XVII (*La revolución mili-*

tar: innovación militar y apogeo en Occidente, Alianza, 2002), la propia trayectoria de la guerra y el imperialismo (*El éxito nunca es definitivo*, Taurus, 2001; *Historia de la Guerra*, Akal, 2010), la crisis desde el punto de vista climático (*El siglo maldito*, Planeta, 2013), pero en toda su obra siempre ha estado presente la fascinación por la figura de Felipe II. Discípulo de John Elliott, desde muy joven (su primer libro sobre El ejército de Flandes, lo publicó en inglés en Cambridge en 1972) pareció interesarse por lo que a su maestro nunca le apasionó: la historia militar y la figura de Felipe II. Ciertamente muchas veces los discípulos buscan hollar ámbitos temáticos distintos y alternativos a los que han explorado sus maestros. Elliott había roto moldes con respecto al romanticismo liberal anglosajón que sí había estado muy pendiente de aquél rey de España que había sido marido de una reina británica española (María Tudor), que después había promovido la

¹⁶ Traducción al español: *El Rey Imprudente. La biografía esencial de Felipe II*, Barcelona, Planeta, 2015, 639 págs., ISBN: 978-84-08-14199-0.